



CUMBRE  
Y CARA NORTE  
DE LES ECRINS

# LE BARRE DES ECRINS

## ALPES DEL DELFINADO

Por **JULIO CASAL**

Del Club Alpino Tajahierro de Santander.

Durante el transcurso de nuestro rápido viaje a través de Francia, con dirección a Italia y Suiza, a cuyas naciones nos llevaron proyectos de ascensiones a las grandes cumbres alpinas, tuvimos la gran sorpresa de «encontrarnos» en nuestro itinerario con unos Alpes para nosotros desconocidos, y hasta casi ignorados, que aunque no de la categoría de los «grandes», no por eso exentos de ésta, así como dotados de una gran bravura y belleza; me refiero al Macizo de St. Cristophe en Oisans, o Alpes del Delfinado.

Sabido es que la mayoría de los montañeros, dirigimos nuestras miras deportivas hacia la formidable y principal cordillera alpina incrustada entre Francia, Italia y Suiza, en la cual están comprendidas las más altas e importantes cimas, dejando un poco de lado y sin concederles gran importancia a estos otros núcleos montañosos separados del gran macizo. Dado que en nuestro programa tampoco estaba incluida la visita a estas montañas, y es más, ni tan siquiera pensamos que durante nuestro itinerario pasaríamos cerca de ellas, es por lo que para nosotros su encuentro constituyó una verdadera sorpresa.

Nuestro itinerario por Francia, lo hicimos siguiendo las carreteras que por el sur de esta nación, y paralelamente a la Cordillera Pirenaica, llevan hacia el Mediterráneo. Llegados a Montpellier, ya tenemos a nuestra vista el mar, y después de pasar por Nimes y Avignon, coger casi al azar una de las numerosas rutas que nos conducirán a la frontera italiana, cerca de la zona alpina a visitar.

Nuestro «descubrimiento» se debió al observar en el mapa de ruta que entre el trayecto de Gap-Briancón, salía una pequeña carretera, que desviándose hacia la izquierda terminaba en un punto llamado Ailefroide, a 1.506 m. altura, junto al cual se señalaba

una altura de 4.103 m., cosa que llamó nuestra atención, y que bien localizado observamos era la parte sureste del Macizo de Oisans.

No es extraño nuestra ignorancia sobre este Macizo, ya que los escasos conocimientos que sobre él teníamos, eran los referentes a su zona Noroeste, lugar donde la propaganda se ha volcado, dándonos a conocer su famosa cumbre, Le Meije, con su no menos famoso pueblo, base de partida, La Bernarde (el Chamonix del Delfinado). Así ya un poco más enterados de la orografía de esta zona alpina, después de salvar unas fuertes pendientes que el coche se encargó de superar, henos por fin situados en nuestro famoso Ailefroide.

En contra de la opinión que nos habíamos formado, no es éste un simple pueblo de montaña, sino un bellísimo y espléndido lugar propio para camping de altura, dotado de un aceptable hotel, a más de algunos barracones dedicados a la venta de recuerdos y comestibles. Está rodeado de formidables paredones que terminan en agudas cumbres, con penachos nevados, en tanto que una cantidad considerable de abetos y pinos ornan sus jugosas praderas, por las que discurren apacibles y numerosos arroyuelos, constituyendo una espléndida base de partida para numerosos refugios enclavados en este Macizo, siendo igualmente un excelente lugar de descanso para después de las grandes ascensiones.

Como anteriormente dije, nuestra documentación y estudios sobre este Macizo era nula, por lo cual juzgamos conveniente contratar un guía que nos acompañe en nuestras ascensiones, dato que conseguimos en un establecimiento que entramos a adquirir postales; igualmente nos facilitan un mapa de la región, el cual después de consultado nos da una idea de nuestro Macizo, observamos que desde este punto y tomando como base

de partida el Refugio de ERNEST CARON situado a 3.170 m. altura, podríamos alcanzar la cumbre máxima del mismo, LES ECRINS (4.103 m.)

Animados por la perspectiva y el buen tiempo que gozamos, nos ponemos de acuerdo con el guía, de robusta constitución, que mediría más de 1,85 de altura, el cual nos dice que hasta el siguiente día no es posible partir. Así lo decidimos, quedando en partir nosotros por la mañana, esperándole en el Refugio Carón, ya que llegaría al anochecer.

El tiempo de madrugada está inseguro, por lo que demoramos un tanto nuestra partida, dado que por otra parte no teníamos prisa, ya que en seis o siete horas alcanzaríamos dicho Refugio. Como a medida que avanza el día el tiempo mejora, nos ponemos en marcha, y a eso de las diez de la mañana, el grupo compuesto por Amalio F. Mariñas, Eduardo Rodríguez, el que suscribe, y José M.<sup>a</sup> Pereda —éste para acompañarnos solamente hasta el Refugio—, dejamos Ailefroide, camino de la montaña. Como dato de interés haré constar que aunque la carretera dá la impresión de terminarse en Ailefroide, como así nos ocurrió a nosotros, puede continuarse en coche hasta la explanada donde convergen las lenguas de los glaciares Moir y Blanco, en cuyo lugar está situado el Refugio Cezanne. Este itinerario, por desconocimiento, lo efectuamos nosotros a pie, y supone unos cinco o seis kilómetros de distancia con un desnivel de 350 m. de altitud que, aunque al subir no nos defraudó, al regresar, como se verá más adelante, fué causa de un sensible trastorno.

Situados ya en dicha explanada, tenemos ahora que ascender por una fuerte pendiente, a la izquierda de la desembocadura del Glaciar Blanco, para después de superada ésta, cruzar dicho Glaciar por su lengua inferior, y ya por otro sendero, entre rocas, llegar al Refugio TUCKETT (2.438 m.)

Después de comer, continuamos nuestra marcha por la margen izquierda del Glaciar Blanco, para sobre las seis de la tarde, alcanzar el Refugio Ernest Carón (3.170 m.), punto de partida hacia Les Ecrins. Al anochecer vemos una poderosa figura avanzar sobre el Glaciar: es nuestro guía, el cual ya de noche hace su entrada en el Refugio, con

lo cual queda la cordada completa y animosa para el siguiente día.

Son las 4 de la madrugada, cuando el encargado del Refugio nos despierta, no tardando en reinar en la cabaña un leve runruno.

Las primeras cordadas parten en el frío amanecer, iniciando la ascensión, que como la mayoría de las que se efectúan en los Alpes, se comienza descendiendo, dado que nuestro Refugio, situado en un rocoso promontorio, nos obliga a «gatear» hasta situarnos en el Glaciar Blanco. La cumbre de Les Ecrins, nos espera airosa y arrogante, perfilándose su hermosa arista cimera entre las primeras luces del amanecer, proporcionándonos un espectáculo grandioso; el magnífico cielo estrellado nos hace preveer un espléndido día. Tiene esta gran montaña una belleza y encanto especial que no acierto a comprender; otras cumbres de un mayor prestigio escalé en los Alpes, siendo no obstante ésta una de las que más profundamente me han impresionado, quizá por lo imprevisto de su ascensión.

Durante la marcha por el Glaciar, el ímpetu de la juventud se impone, pues más que correr, parecen volar la mayoría de los grupos, por lo que nuestra cordada, cargada de... iba a decir «gloria», pero son años (perdón por la vanidad), se ve rebasada, marchando en último lugar. Sépase que a mi zaga llevo dos «vejetes» que ya dejaron atrás la cincuentena, y que un humilde servidor formando pareja con nuestro guía, tanto en tamaño como en edad, andamos rondando los cuarenta; como puede observarse, nuestra cuerda une una espléndida cosecha de hermosas y lozanas primaveras.

La ascensión empieza a ponerse difícil, por lo que formamos debidamente la cordada, situándonos las dos «poderosas locomotoras» en cabeza y cola del convoy, y así atacamos los fuertes repechos nevados, observando durante la marcha que el fuego y coraje de la impetuosa juventud, va siendo superada por nuestro pacífico «paso de vaca», quedando ya a nuestra zaga algunos grupos. La ascensión es dura, llegando al cabo de un par de horas a la rimaya, formada bajo la gran arista final. Allí se encuentran ya algunas cordadas luchando con el hielo, y nuestro guía nos dirige hacia un punto que cree vulnerable. Comienza el ataque, pero

¡oh sorpresa!, el hielo le rechaza; se vuelve hacia nosotros mirándonos perplejo como diciendo: no encuentro donde hincar el diente. Después de dos o tres infructuosos intentos, ocurre lo verdaderamente asombroso: tras un breve diálogo la cordada invierte su formación pasando al ataque la «locomotora de cola», quedando por lo tanto el guía en último lugar. El obstáculo es superado sin grandes dificultades, y el grupo que comenzó rezagado por la planicie del Glaciar Blanco, llega primero al collado en que da comienzo la arista rocosa que conduce a la cumbre. Ha sido este un caso verdaderamente extraordinario y hasta cómico, posiblemente sin par en el historial de los guías alpinos. Una ascensión que podríamos haber efectuado sin guía, dado que no era complicada, pero que en el punto donde surgieron dificultades un poco serias, su ayuda fué nula, teniendo que ser substituido; ¿creen ustedes que esto es corriente en los Alpes donde el título de guía es una sólida garantía? En su descargo he de manifestar que debido a una «genialidad», que también las suelen tener los guías alpinos, éste nuestro no traía crampones, cosa que para andar por estas montañas son imprescindibles.

Situados en este collado, el día que tan espléndidamente comenzó, se torna bruscamente amenazador, cerniéndose sobre nosotros unas nubes de feo aspecto, no tardando la niebla en envolvernos.

Mientras reponemos nuestras fuerzas, van llegando algunas cordadas, que acto seguido inician la ascensión por la arista, no tardando nosotros en imitarlas. A poco de comenzar y visto el mal tiempo, los primeros grupos dan media vuelta, suspendiendo su ascensión. Finalmente, somos únicamente nosotros los que continuamos la marcha por esta larga y aérea cresta, la cual, debido a la nieve reciente que hay entre las rocas, hacen la escalada un tanto peligrosa. Alrededor de las 9.30 de la mañana alcanzamos la cima, desde la cual, por culpa de la niebla, la visibilidad resulta nula. Como dato interesante haré constar que de las ocho o diez expediciones que iniciamos la ascensión de madrugada, fuimos los únicos que, con otra cordada de dos franceses, que llegó posteriormente, alcanzamos ese día la cumbre de Les Ecrins.

Aunque nos fué negado el espléndido panorama que desde allí puede verse, tuvimos la satisfacción de saludar en esta cumbre a un compatriota que, procedente del Refugio de TEMPLE ECRINS, había alcanzado ésta por opuesto itinerario. Se trataba de Juan Cardona, del Centro Excursionista de Cataluña, que en unión de mi buen amigo Jaime Tiana se encontraba recorriendo este Macizo, aunque este último, debido a indisposición, no pudo ascender en su compañía. ¡Cuánto sentí, amigo Tiana, no poder saludarte en una de las más hermosas cumbres de los Alpes!

Después de un buen rato en la cima, iniciamos el descenso a cuyo compás da comienzo también el principio de una de las más imponentes mojaduras de mi vida montañera. Comienza a nevar con gran intensidad, lo cual con la espesa niebla hace más dificultosa la marcha. Poco a poco perdemos altura hasta situarnos en la planicie del Glaciar, la cual atravesamos a grandes zancadas, y por último, después de una corta trepada del promontorio rocoso, entramos en el Refugio con una buena mojadura. Aquí comemos y hacemos tiempo en espera de mejoría, pero en vista de que continúa nevando sin intención de cesar, nos echamos Glaciar abajo y ya en las proximidades del Refugio Tuckett la nieve se transforma en densa lluvia; una corta parada para tomar un té bien caliente, y acto seguido continuar nuestra inmersión en el profundo hoyo, en cuyo fondo se encuentra Ailefroide. A medida que descendemos arrecia la lluvia, y ya a la altura del Refugio Cezanne es torrencial. Resultará innecesario señalar que echamos grandemente en falta no haber subido en coche hasta este punto, puesto que habríamos evitado una hora más de marcha bajo la lluvia hasta nuestro campamento.

Ya en él, háganse ustedes cargo de nuestra situación, después de unas doce horas de marcha, con una pérdida de 3.000 m. de altitud, sin parar de nevar y llover, con una mojadura que empapaba hasta nuestras prendas interiores y teniendo por alojamiento una tienda de camping, rezumando agua.

Otro día, con más humor, contaré dónde pusimos a secar nuestros «trapos», y algo de nuestras andanzas sobre las nevadas altiplanicies de Monte Rosa.